

El Prisionero de Zenda

monumental película interpretada por los
mimados artistas

Alice Terry, Bárbara-La-Marr,
Ramón Navarro, Lewis Stone,
Malcolm Mac-Gregor, entre otros.

Sensacional novela
publicada por
La Novela Semanal
Cinematográfica
en el tercer libro de
Los Grandes Films

Pídase

El Prisionero de Zenda

en todos los kioscos, librerías y
puestos de venta de toda España

Precio popular: Una Peseta

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETA, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 83

25 cts.



UNA
MUJER
COMO
OTRA
CUALQUIERA

por
Mac Marsh
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 83

UNA MUJER COMO OTRA CUALQUIERA

por MAE MARSH

Graham Wilcox Productions, Ltd. - Londres

Concesionario:

J. Sampere Carreras - Provenza, 246 - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Da comienzo la acción en O'Mhera (Holanda)

Patricia Adair, Paddy como todos la llamaban, era una mujer, como su nombre lo indica, pero no por su gusto, pues deseaba tener toda la apariencia de un hombre.

Ningún deporte le era desconocido; los dominaba todos con una habilidad excepcional; su carácter era bullicioso en extremo y capaz de enloquecer a la humanidad entera si ésta viniera a ponerse delante.

Su padre, el general Adair, bueno y cariñoso, soñó con tener un hijo y no fué menudo el desengaño que tuvo al nacer Paddy; pero ahora... no sabría cambiarla por un regimiento de chicos.

Si había deseado un varón el general, fué porque ya su esposa le diera antes una hija, Elena, el polo opues-

to de Paddy, que prefería la agitación espiritual a la corporal.

El general gustaba de organizar concursos de tennis, de golf, de regatas, etc... para divertirse en la lucha con un adversario de la calidad de Paddy.

—Te desafío a una regata—le dijo un día su padre.

—Aceptado—respondió ella.

Con el afán de vencer, Paddy, con frenesí, remó rápidamente dejando atrás a su padre.

En la orilla del río, varias personas contemplaban la carrera.

Mickey, botero del general y todo lo que se quiera más, por una parte; y Jorge Petersen, joven propietario de una hermosa quinta y vecino de los Adair, y su hermana Dora, la mejor amiga de Paddy, por otra parte.

Dora decía a su hermano, que no apartaba la vista de la embarcación de Paddy:

—Paddy es verdaderamente original. Yo no he visto a otra persona a quien importe menos la opinión del prójimo.

Sonrió Jorge, y Mickey, desde su puesto, al pie del embarcadero, se regocijaba viendo la ventaja que la traviesa muchacha tomaba sobre su padre.

De súbito, todos se alarmaron menos Paddy, y el general la gritó:

—¡Que vas a volcar!... ¡Suelta la vela!

Intentó ella obedecer y dando un traspiés, ¡patapum!, cayó al agua.

Salió en su busca Mickey y cuando pisaron tierra el general, su botero y la atolondrada, ésta, muy naturalmente, como si ni siquiera se hubiera llevado el menor susto, exclamó:

—Pero no me mires así, papaíto. ¡Si estoy buena y sana!

El general la reconvino:

—¿Cuándo dejarás de hacer el muchachote? ¿Cuándo te decidirás a ser una mujer como otra cualquiera?

Paddy hizo un gracioso mohín...

—Has de tener más cuidado. ¡Caramba!, por poco te cuesta el palmito—le dijo Mickey, riéndose aparte.

—No digas tonterías Mickey, soy tan *feo* como cualquier *otro hombre*.

Jorge y su hermana Dora, cuando consideraron pasada la emoción del aludido trío, se acercaron a él.

Paddy al verles llegar se adelantó a Jorge y le tendió una mano:

—Felicitenos—le dijo—, ¡por poco nos ahogamos!

—La culpa de lo que ha ocurrido es completamente suya. Una muchacha no debe arriesgarse como usted lo hace—le observó Jorge.

—Si me encantan los peligros, es por demás su apreciable indicación, señor Petersen. Yo soy así. Me gustan las emociones, sea cual fuere su índole y siempre que yo misma me las proporcione.

—Ya te arreglaré yo, cabeza loca—intervino el padre.—No se moleste usted, señor Petersen, por la manera de contestar de mi hija. Se las da de hombre, y no advierte que incurre en la inconveniencia...

—¿Molestarme yo con Paddy?... ¡Bah! Sería necio de mi parte.

Hablando acerca de las travesuras de la mujer-hombre el general y Jorge, y conversando con la hermana de éste Paddy, llegaron todos a la casa del militar.

Elena, la hermana de Paddy, vivía para su alma, embriagándola del romanticismo de sus lecturas.

Tony, primo y camarada de Paddy y Elena, era un excelente muchacho. Cortejaba los veinte años y también deseaba cortejar...

—Elena, despierta ya, y ven a jugar conmigo una partida de golf—fué a interrumpirla Tony antes de que llegaran los demás.

—No, ahora no, Tony...

—¡Malditas novelas! Acabarás por volverte loca con sus tonterías.

—Déjame, Tony.

—Escúchame, mujer. No te amodorres con tanta fal-



...Una muchacha no debe arriesgarse como usted lo hace.

sa ilusión... ¿No quieres venir con Paddy y conmigo a solazarte unas horas por el campo? Hoy no hay niebla y brilla un sol mil veces más hermoso que la mejor novela.

—Tal vez iré...

En este momento entró Paddy, seguida de los demás, y al ver a Tony se abalanzó a él buscándole querella.

Los dos primos se querían como deben quererse dos hermanos.

Tony, recogiendo el reto, buscó una combinación para derribar en tierra a su prima y declararse vencedor, pero Paddy, más enérgica, superó la fuerza de Tony (?)



—¿No quieres venir con Paddy y conmigo a solazarte unas horas por el campo?

y le dió una tunda de padre y señor mío delante de todos

Repuesto de la derrota, Tony intentó alcanzar a Paddy para castigarla, pero ésta se encerró en su habitación.

Dora, la hermana de Jorge Petersen, tomó parte en

el juego y ayudó a Tony a atar una cuerda al pomo de la puerta del dormitorio de Paddy y a la barandilla de la escalera que conducía al piso de la misma casa, para que no pudiera huir.

Paddy comprendió la jugarreta y acogiéndose a una idea que se le había de repente acudido para burlar a Tony y a Dora, que se reían, les dijo a través del ojo de la cerradura:

—¿Pero os creéis en serio que me habéis encerrado aquí como un ratón?

—¡Ja, ja, ja!—explotó Tony.—Eres nuestra prisionera y no saldrás hasta que nos pidas perdón.

Luego se hizo el silencio. Tony y Dora seguían de guardia. Paddy daba realidad a su proyecto.

Entretanto, como un paréntesis en las escenas de broma entre Paddy, Tony y Dora, Jorge y Elena cambiaban algunas palabras.

—Esta obra que está usted leyendo es muy hermosa, Elena—le dijo Jorge—, pero la considero un poco pueril. Yo le proporcionaré otros libros que dan más de lleno en el corazón. Se los mandaré luego.

—Los leeré con mucho cariño...—contestóle ella—. Precisamente esta tarde he de ir al campo con mi hermana y Tony y me llevaré una de sus novelas.

—En este caso, si usted me lo permite en su nombre, en el de su hermana y en el de su primo, le traeré yo mismo los libros... y los acompañaré en su paseo.

—Con mucho gusto, Jorge.

Cerremos el paréntesis.

Las tías de Tony, Elena y Paddy: Juana y María que criaron al sobrino con un amor sin límite, tomaban el sol en el jardín de la casa y vieron, asustándose, como se supone, que un bulto se deslizaba por la ventana de la habitación de Paddy. Prestaron mucha atención y re-

conocieron a la locuela en el mismo momento que iban a gritarle que volviese a su cuarto y que ella daba con su retaguardia en el suelo por haberle fallado la ayuda de unas ramas a las que se asió para bajar al jardín sin peligro alguno.

—¡¡Un día se matará!!—exclamaron a una las tías.

Paddy disimuló ante ellas el dolor que el brusco descenso produjo en su delicada parte carnosa, y les contó por qué había sido temeraria a trueque de romperse la cabeza. No supieron ocultar una sonrisa las simpáticas viejecitas, y Paddy sacó provecho de esa circunstancia para sobornarlas a ser cómplices de la sorpresa que iba a dar a Tony y a Dora.

En efecto, consiguió que las tías la ocultasen detrás de ellas, y así llegaron al pie de la corta escalera que conducía, entre otras, a la habitación de Paddy, frente a cuya puerta continuaban aún de vigilancia los aludidos jóvenes.

Tony, con voz queda, para que Paddy no le pudiera oír, dijo a sus tías mientras éstas iban subiendo lentamente los peldaños de la escalera en cuestión:

—Tenemos encerrada a Paddy por traviesa.

—¡Que te crees tú eso, *pastili!*—exclamó, descubriéndose, Paddy.

—¡¡Eh!!... Ya verás si te pillo.

Huyó a todo correr Paddy; siguiéronla Tony y Dora, y las tías se reían.

*
*
*

Como había sido convenido por la mañana, aquella tarde Paddy, Elena, Tony y Jorge salieron a dar un paseo por el campo maravilloso bajo la mirada del sol.

Formaban dos parejas: Paddy—Tony, y Elena—Jorge; es decir, lo que pudiéramos llamar: la juventud bulliciosa y la juventud reposada.

Después de larga caminata, ambas parejas decidieron detenerse en un bello paraje. Elena y Jorge se sentaron al borde de un camino sobre un promontorio de tierra y Paddy y Tony lo hicieron a poca distancia de ellos en la llanura, por gustarles más la vista panorámica que desde allí divisaban.

Elena y Jorge hablaban de literatura. Elena había hojeado un libro de versos que la prestara Jorge y le decía la impresión que ciertos alejandrinos le dejaban en su alma con un sabor inexplicable.

¡Oh, para Elena no había otra cosa comparable a la delicia de unos versos sentimentales y a la ilusión de que otro los comprendiera como ella!

Hubo un momento en que Elena, subyugada por el inmenso amor—piadoso bálsamo para las románticas—de que estaban henchidas ciertas frases de una imploración de enamorada, en una de las más interesantes escenas del libro—según Jorge—, suplicó a éste que se las leyese, para encontrarlas más belleza recitadas con su armoniosa dicción.

Complacióla Jorge y la sensibilidad de Elena lloraba de gozo. Un misterio, recatadamente oculto, envolvía en su vaporoso manto, a Elena. Amor, desde su reinado, la disparaba sus flechas...

Jorge no advirtió el abandono inconsciente en que cuerpo y alma de Elena permanecieron un instante, pero hubo quien lo notó.

Paddy y Tony fueron los que todo lo vieron, de distinto modo, es cierto. Véase si no.

—Me parece que este par andan flirteando—dijo Paddy a Tony—. Vamos a darles la lata. Arrojámosles unas piedrecitas para que se despabilen de su encantamiento. Toma, tírales tú estas, Tony.

—Espera, Paddy. Dejémosles en paz. Estarán hablando de cosas serias.

—¡No importa! Además, ya es hora de que emprendamos el regreso, *piano piano*, a casa. Anda, hombre, imítame.

—Escúchame, Paddy.

—¿Otra vez?

—Quisiera decirte una cosa... ¡pero, por Dios, no te rías!... Yo amo a Elena.

—¡Tú enamorado!—exclamó Paddy soltando a continuación una sonora carcajada.

—Sí, Paddy, no te rías de mí. Créeme que no es cosa de risa. Amo a Elena con todas las fuerzas de mi corazón y se lo he de decir... o no podré vivir con sosiego en la duda. Mira, primita, tan grande era mi fe en ser correspondido que ya le tenía comprado el anillo de compromiso. Este es.

—Es muy bonito, Tony... Y ya no me río...

No sólo Paddy no se burlaba más de Tony, sino que le compadeció por un momento ante la evidencia de la mutua inclinación que se demostraban Elena y Jorge.

—Resulte lo que resultare, yo le he de decir que la quiero, que la deseo por esposa, que la necesito para vivir... Pero Jorge tal vez me la haya quitado ya...

—No desfallezcas, Tony querido. ¿Vas a rendirte sin luchar? ¿Vas a permitir que te arrebaten ante tus ojos lo que tanto anhelas?

—Paddy, tú no sabes que en estas cosas para nada sirve la violencia. Si Elena ama ya, convencida de ello, a Jorge, mi declaración sólo me reportará la decepción de una respuesta compasiva.

—Sea lo que fuere, Tony, ámate. ¡Yo seré el hombre que te ayudará!

Tony hubiese querido confesar su tierna pasión a Elena la misma noche que siguió al paseo por la campiña.

Paddy meditó concienzudamente sobre el asunto e hizo prorrogar la ejecución del deseo de Tony hasta que llegara el cumpleaños de Elena. Con impaciencia febril esperó Tony una semana y, al fin, apareció la fiesta y con ella renacieron los temores de fracaso del enamorado.

El general organizó una espléndida *soirée* en su casa, en honor de su hija, y a ella asistieron numerosos invitados, entre los cuales Jorge y su madre.

Dora, la hermana de Jorge, estaba en Londres con unos parientes.

Paddy se apartó con Tony a un lado de la fiesta y le dijo:

—No he olvidado mi solemne promesa de ayudarte y aquí estoy a tu lado para librar la batalla. Has de someterte a mi plan punto por punto. De momento, nos interesa aparecer alegres y vamos a divertirnos y a divertir a los invitados inventando algo en el salón: un toboggan, por ejemplo. ¿Cómo? Es muy sencillo: colocamos una estera sobre la amplia baranda de la escalera... y a disimular que resulta un juego muy emocionante y simpático.

El talentado invento de Paddy fué recibido con gran regocijo y no faltaron devotos de ese deporte tobogganésco.

Paddy y Tony aprovecharon la animación para escurrirse al mismo sitio de antes.

—Este es el momento de obrar, Tony. Voy a ver a Elena. Espérate aquí hasta que dé la señal y entonces, ya lo sabes: ¡valor y adelante!

*
**

—Te obedeceré ciegamente.

Paddy entró en el saloncito donde Elena recibía los regalos. Las tías, más prácticas que nadie, le habían entregado un cheque de una suma regular. Jorge fué, sin embargo, el que, según Elena, tuvo mayor gusto entre todos regalándole un mueble giratorio de librería con sugestivas obras.

Paddy, después de alabar mucho los obsequios de las tías y de Jorge, respectivamente, dijo a éste, al objeto de quedarse sola con Elena:

—Hemos organizado en el *hall* un juego que está animadísimo, señor Petersen. ¿Quiere usted acompañar a las tías para que lo vean?

Jorge, muy amable, ofreció sus brazos a las viejecitas cariñosas y se dirigieron juntos al salón.

Paddy, mientras Elena seguía contemplando los regalos, hizo la señal de vía libre a Tony. Este, cobrando ánimos se presentó ante Elena. Paddy le estimuló con sus enérgicas miradas a aparentar mucha naturalidad, y como nada tenía que hacer allí, se reunió con las tías y Jorge para evitar que por un casual fueran a interrumpir a Tony en su declaración a Elena.

Tony no podía despegar la lengua ni sabía cómo debía empezar.

Elena le libró del apuro.

—¿Te gustan estos regalos, Tony?—le preguntó.

—Son muy valiosos... y muy merecidos. Yo... yo también te he de dar algo... Este estuchito te lo dirá.

—Muchas gracias, Tony. ¡Oh, un anillo! ¡Tu regalo es precioso!

—No es un regalo, Elena...

—Entonces, ¿por qué me lo das?

—Yo te lo ofrecía como prenda de amor... porque te amo, Elena, y te deseo por esposa.

—En este caso, toma, Tony; no puedo admitirlo. Te quiero mucho, pero mi cariño es distinto del tuyo.

—Admítelo, pues, como un regalo. Te lo suplico, prímata.

—Gracias, Tony. Tú eres muy bueno... No me guardes rencor. Reprocharme que no te corresponda sería tan injusto como que yo te reprochase que me quieras.

—Tienes razón, Elena, y sólo puedo permitirme lamentarme de mi error.

—Perdóname, querido Tony... y no sé cómo agradecerle la simpatía que sientes hacia mí... Voy al salón. ¿Vienes conmigo?

—Discúlpame.... Me quedaré unos momentos más aquí.

—Hasta luego... ¿Me das la mano?

—Sí, Elenita, sin la sombra del menor resentimiento, y te pido que me consideres siempre como lo que he sido para vosotras hasta hoy: casi un hermano.

—Desde luego, Tony. ¡Adiós!

Tony se quedó pensativo. Había temido el resultado que acababa de obtener su declaración a Elena, pero siempre surgía entre la duda un rayo de esperanza. Todo estaba perdido ahora: él no era para ella. ¡Qué pena!

Paddy, al ver aparecer en el salón a su hermana, fué al encuentro de Tony.

—¿Vencido o vencedor?—preguntóle.

—Vencido, Paddy, vencido—musitó Tony entristecido.

—¡Hacia aquí viene Elena con Jorge, escapémonos!... En este sitio nadie vendrá a molestarnos. Cuéntame lo que ha ocurrido.

—Puedes suponerlo... No me ama... Me quiere como tú y yo nos queremos. ¡Ah! Lo que pasa es que no ten-

go suerte, Paddy. Estoy mal situado para interesar a Elena... A las mujeres hay que deslumbrarlas con un *muy*: ser *muy* rico, o *muy* guapo, o *muy* trabajador, o *muy* sinvergüenza... y yo no soy ni lo último. En cambio, el otro...

—Jorge no creo que tenga nada que ver con Elena, pues ni siquiera lo nombra.

—Lo importante es que ha rechazado mi pretensión... y por algo será... Yo me iré de aquí, Paddy, no puedo vivir. Emigraré a América... a ver si allí cambio mi suerte.

—No te vayas, Tony. No desesperes. Los hombres debemos saber ser fuertes. Perder el juicio por una tontería de mujer que encanta y bruscamente desencanta, es ya cosa calificada de soez. No nos abandonarás, ¿verdad, Tony?

—Es preciso, Paddy; quiero demostrarle que mi pasión no es un juego de niños.

Paddy aprovechó, poco después de su entrevista con Tony, unos minutos de soledad de Elena y le dijo:

—Al pobre Tony le has dado un gran disgusto. ¿Es que no hay esperanza para él?

—Siento que se haya fijado en mí nuestro primo, ya que no puedo comulgar en sus mismos sentimientos. Me supo mal decírselo, mas no tuve más remedio que hacerlo.

—La culpa la tiene Jorge que te intoxica con sus estúpidas literaturas, que te aturde con sus conversaciones. ¡Oh, le odio!

—¡...Pues yo le amo...!—exclamó con vehemencia Elena.

—Porque eres una anémica romántica de novela—arguyó Paddy, con enfado, plantando a su hermana, que seguía soñando...

Unos días después, tuvo lugar en O'Mhera una partida de caza, y en ella tomaron parte las dos hermanas, Tony y Jorge.

Momentos antes de la marcha Jorge saludó a Paddy, que estaba casualmente a su lado.

—Buenos días, Paddy.

—Por Dios, ¡que mala posición tiene usted a caballo! Se va a caer—le contestó Paddy no disimulándole su enojo.

—La lástima es que, en los obstáculos difíciles, se habrá usted quedado ya muy atrás para poderme juzgar.

—¡Que se cree usted esol...

Cuando los jinetes se hallaron en pleno campo y se oyó la señal de correr la pieza, Paddy y Jorge se encontraron de nuevo y recordando ambos el mutuo reto que se lanzaran antes, acicatearon sus caballos y sin que mediara aviso emprendieron veloz carrera como si tomaran parte en un concurso hípico.

Mucha voluntad desplegó Paddy, pero a pesar de ella fué derrotada por Jorge. De modo que, le despreciara o no, tenía que reconocer su superioridad física sobre ella, cosa natural aunque Paddy hubiese querido demostrar lo contrario.

Aquella misma noche, Elena y su hermana asistieron a una fiesta que daba Jorge en su casa, antes de partir para Londres.

Paddy se había vestido sencillamente y Elena, radiante de hermosura con un lujoso atavío, le hizo cambiar de ropa, consiguiendo que se pusiera un traje de baile suyo precioso.

Paddy misma se extrañó de verse tan... tan cambiada y sintió un deseo que jamás conociera: mirarse al espejo y sonreirse a sí misma.

La transformación de Paddy causó asombro a Tony

Parecía otra. Era más sugestiva, más... más mujer que antes. Secretos del vestir. Y la felicitó, bromeando como siempre lo hacía con ella, por su buen gusto.

Jorge también notó el cambio operado en Paddy, cuando menos en el vestir, y calificó de mayor locura la monomanía de querer ser hombre una muchacha tan bonita.

Durante la fiesta, mientras Paddy y Tony procuraban aburrirse lo menos posible, Elena y Jorge, en la biblioteca de éste, conversaban acerca de su compatibilidad de caracteres.

Elena, reposando su alma anhelante en la mullida cuna de la esperanza, escuchaba a Jorge con deleite y se placía en prolongar su íntimo diálogo.

—Sí, Jorge, yo le estoy muy agradecida. A usted le deberé la iniciación en la bella literatura. Todas las noches que hemos leído juntos no se borrarán jamás de mi memoria.

—Es usted exquisita, Elena. Raras son las mujeres que inclinan su predilección al alimento espiritual. Pero no acepto sus elogios pues yo soy el que le agradezco las horas gratas que he pasado en su deliciosa compañía.

—Sin embargo ahora, partiendo usted, me sentiré más aislada que nunca. No le oculto que le esperaré con impaciencia.

—¡Oh!... ¿Esperarme?... No... Yo soy un inquieto... Por de pronto pienso ausentarme largo tiempo... vagar por el mundo. Es posible que me vaya muy lejos... o que me muera... o que me case.

Jorge pronunció la última frase con la misma naturalidad que las anteriores y fué para Elena el derrumbamiento de sus ilusiones. ¡No la quería! ¿Era eso posible



—...No nos abandonarás, ¿verdad Tony?

—Es preciso, Paddy; quiero demostrarle que mi pasión no es un juego de niños.

después de haber encendido en su alma, con sus cariñosas atenciones, la llama del amor? ¡Sí que lo era!

Momentos después Paddy, que había visto a Elena en coloquio con Jorge, le preguntó a su hermana:

—¿Qué, se ha declarado por fin?

Elena, sus ojos tristes fijos en el vacío, respondió como un autómeta:

—No... todo fué un sueño.



—...¿Esperarme?... No.... Yo soy un inquieto....

—¿No te quiere?...

—Me engañé... Mía es la culpa... Sólo supe ser una amiga cariñosa... ¡Qué desengaño, Paddy!

—¡Bah! Elenita, olvida todo eso y ven a bailar con Tony. Ningún hombre merece que se sufra por él.

—No, Paddy, me voy a casa... no puedo más.

Así lo hizo Elena, y Paddy, al verla salir arrastrando

su pena inmensa sintió que sus ojos lloraban lágrimas de compasión.

Esas lágrimas, ese calvario de dolor que soportaba Elena, todo eso, pensó Paddy, lo había causado Jorge con su arbitrario proceder.

Y el amor propio de Paddy, de espíritu fuerte moldeado en la fragua de la naturaleza, resentido con el culpable, no se detuvo a pensar si haría bien o mal en pedirle una explicación.

—Deseo hablar con usted seriamente—le dijo a Jorge después de encontrarlo en el salón.

—Con mucho gusto, Paddy... pero ¿ahora?... Esperemos que termine el baile.

—Ha de ser ahora mismo.

—Está bien; vamos.

Se aislaron del bullicio en la biblioteca de Jorge, en la misma que Elena recibió el desengaño.

—¿Qué es lo que pasa para que me haya usted venido con esa prisa para hablarme?—pricipió Jorge.

—Señor Petersen, le exijo una satisfacción, de *hombre* a hombre.

—¿De hombre a hombre? Esto es imposible, porque es usted demasiado mujer... y como tal, hermosa.

—¡Ah, sí, ¿eh? Si según usted todas las mujeres son hermosas, ¿por qué, pues...

—No se ponga usted nerviosa, Paddy. Dígame con franqueza lo que me tenga que decir. Linda paloma ha sido usted siempre, indómita ayer, hoy adornada con galas que yo le desconocía y que más que nunca dan que reír de su monomanía varonil.

—A mí no me venga con halagos. Lo que necesito saber es por qué le ha estado haciendo la corte a Elena y ahora la abandona. ¿Le parece a usted bonito jugar con el corazón de una muchacha?

Jorge hizo un gesto de extrañeza al oír los reproches de Paddy y le replicó:

—¿Yo el amor a Elena? ¿Pero qué dice usted?

—De sobra lo sabe: usted ha penetrado en la intimidad de mi hermana con sus lecturas, sus hipócritas maneras, sin reparar en que su candidez y sensibilidad abrían paso a un eco de realidad...

—Según esa teoría, el bailar, jugar al tennis, leer alguna que otra novela, juntos mujer y hombre, supone que el hombre ama o abusa...

—En el caso de mi hermana y usted, sí.

—Está usted en un error, Paddy. ¿Cómo podría probarme lo contrario usted que no ha amado nunca, que no sabe lo que es amar?

—Sé lo que usted pueda saber, señor Petersen, y considero inoportuna su pregunta.

—Paddy, razone, y no vea en mí a un hombre sin co-razón como mi modo de inhibirme de la responsabilidad que me imputa me pudiera presentar a usted. Además, estoy asombrado del paso que está dando por su hermana cerca de mí... Y le hablaré con franqueza, sin extenderme demasiado en consideraciones que usted misma debe imaginarse. Yo no he amado nunca a Elena. Una simpatía muy viva me acercó a ella... sin variación. He admirado continuamente las bellas cualidades que posee y tal vez en mi devoción a su bondad me haya excedido en atenciones. Días ha que he advertido la verdad en Elena y no podía permitir que siguiera alimentando la esperanza de oír un día mi declaración de amor. Se habrá disgustado conmigo, no lo dudo; pero con mi ausencia, olvidaremos los dos.

—Usted, sí; ella no lo conseguirá tan fácilmente. De todos modos, su pasividad es muy censurable. Debía haberse marchado antes o cortar el pligro en sus raí-

ces no frecuentando más nuestra casa. Sí, señor Petersen, contrariamente a lo que usted ha dicho, hace mucho más de unos días que usted sabe que Elena le quería. ¡Es denigrante el delito de dejarse amar como si se jugara con un polichinela hasta saciarse de la vanidad de saberlo siempre dispuesto a divertirnos aún a trueque de romperle el alma!

—Le repito a usted que no soy un hombre malo, Paddy.

—¿Y qué hago yo con sus palabras, si mi hermana sufre?

—Yo amo.

—¿Usted? ¿Entonces?... ¿Y se atreve aún a decírmelo después de oír mis quejas?

—Yo amo como todos tenemos el derecho de amar. *Ella*, la mujer que deseo, no lo sabe.

—Eso a mí me tiene sin cuidado, señor Petersen. Y renuncio a seguir hablando de este asunto que es ya enojoso para mí. Confío que no le veremos a usted más por casa.

Paddy hizo un gesto como para marcharse visiblemente enojada con Jorge.

—¡Paddy!—exclamó él.

—Ni una palabra más, señor Petersen.

—Es preciso que me oiga, sí. Yo he sido para usted como un enemigo porque siempre le he combatido su absurda pretensión viril. Me ha huido usted y en su fuga más me acercaba. Su carácter inquieto me ha seducido tanto que era imposible que hiciera caso de sus desdenes para no frecuentar su casa. No queriéndome usted a su lado, en el de Elena estaba yo seguro de seguir viéndola a mis anchas.

—¿Qué dice usted?

—Paddy, hemos estado jugando los dos. No le he

disimulado nunca mi disgusto por su caprichoso modo de ser y precisamente su enfado conmigo me da a su- poner que teme que mi empeño en demostrarle lo mu- cho que ganaría resignándose a ser lo que es, hermosa niña, tenga consecuencias agradables... para los dos.

—Señor Petersen, concrete el alcance de sus pala- bras. ¿Qué está usted diciendo?

—Paddy, mi Paddy, nos hemos estado queriendo hasta ahora y ya no puede la farsa prolongarse. ¡Tú, vi- da mía, tú eres el ideal con que yo he soñado!

—¡Jorge... apártese!

—¡Te amo, te amo con locura!

—¡Oh, se atrevió a besarme! ¡Cínico! Le odio a ra- biar... ¡Le desprecio!

Salió Paddy apresuradamente de la biblioteca de Jorge mezclándose, disimulando su agitación, con los demás invitados, y eterna fué para ella la última parte de la velada. En efecto, una emoción jamás sentida em- bargaba su alma.

Una hora más tarde, en casa del General, Elena se recogía en su habitación... a descansar en amargo llanto su alma en pena.

Aquella misma noche, completamente decidido a ello, Tony explicó a las tías sus proyectos y se despidió de ellas para irse a la Argentina so pretexto de probar fortuna.

Paddy, desconcertada por lo ocurrido, muy débil an- te el importante caso que se le había presentado brus- camente, se creía el verdugo de su hermana, pues sin ella, pensaba, Jorge habríase prometido con Elena. ¿Pe- ro qué podía haber visto Jorge en sus maneras de mu- chachote para... para... para amarla? ¿Amarla? ¡Oh, sí, le había dicho que la amaba... y con locura! ¡Oh, pobre Elena! ¡Oh, pobre Paddy!

Reconociendo en el fondo de su ser su imaginaria responsabilidad en el dolor por que estaba pasando Elena, transcurrió la noche, tumultuosa como las aguas de un torrente...

Al nuevo día, Paddy entró en la habitación de su



—¡Te amo, te amo con locura!

hermana. Estaba levantada, pero lloraba de nuevo co- mo si su angustia no la pudiera mitigar la caricia de las perlas del alma.

—¡Por Dios, no te disgustes tanto, Elena! ¡Si no vale la pena! Hay veinte mil hombres como él... y más for- males.

—¡Si tú supieras cómo está mi corazón!

—Yo tal vez no entienda en estas cosas, como tú... pero me figuro lo que sufres, mi pobre Elena.

—... ¿No oíste...? Es su automóvil.

—¿De quién?

—De Jorge. ¡Ah, mírale! Habla con papá.

—Por lo visto, se marcha. Se despide de papá. Es un cobarde...

—¡Ya se fué! ¡Paddy, Paddy, qué desengaño estoy sufriendo!

—¿Lloras porque huye de tí? Olvídale ya. Ese, no es tu amor. Le amaste demasiado para que vieras que no te amaba. En cambio, tú no sabes lo que ha hecho Tony por tí.

—Déjame, Paddy.

—Tony también ha partido. Va a América. Volverá cuando tú quieras.

—Déjame, hermana, déjame.

*
**

Querida prima Elena:

Estoy bien. Trabajo mucho. Estoy seguro de que te gustaría mucho este país. Hazme el favor de molestarme en escribirme. Cariñosos recuerdos a tu padre y a tu hermana.

No te olvida ni un instante

Tony.

Esta fué la primera tarjeta postal que Tony mandó a Elena junto con otra para las tías.

El recuerdo del pasado iba, como todo lo de la vida, esfumándose al compás de la reflexión. ¿Por qué obstinarse en una cosa si no ha de ser para nosotros? Elena fué sensata dentro de su amargura, y llegó a extrañarse de ver como su espíritu se libertaba de preocupaciones. A su juicio, no era verdadero amor lo que había sentido por Jorge, porque el sincero amor no puede morir nun-

ca. Aquello fué una quimera de romántica sedienta de amor.

Cierta noche, durante la cena, el General sufrió un ataque en el corazón y todo auxilio fué vano. Rápida, brutal había sido su muerte.

Después de esta catástrofe, Paddy se encargó de llevar la casa y uno de sus dolorosos cuidados fué la exhumación de viejos recuerdos.



...el General sufrió un ataque en el corazón y todo auxilio fué vano.

La lectura de una carta la hizo sonreír. Decía el escrito así:

Londres, 22 de Marzo de 1904.

Mi querido hermano:

Enhorabuena por el nacimiento de la pequeña Patri-

cia. Estoy orgullosa de ser su madrina y ahora mismo me pongo en camino para esa. Hasta pronto.

Tu hermana

Edith.

El hecho de tener aún algunos parientes, proporcionó una idea a Paddy para hacer frente a la adversidad.

Y una vez que todo fué inventariado, Paddy confirió con Elena.

—Tendremos que dejar esta casa. Papá fué un hombre de todo corazón pero nada ahorrativo.

—¿Qué será, pues, de nosotras, Paddy?

—Ya lo tengo pensado y no dudo que aceptarás mi proyecto... Tú te vas con las tías, que necesitan una persona en lugar de Tony. Allí puedes estar bien. Yo me iré a Londres con tío Juan y tía Edith, mi madrina.

—¡Oh!, ¿separarnos, Paddy?

—La vida, hermana mía, nos somete a una dura prueba. Pero día volverá en que nos reuniremos de nuevo.

Paddy había mandado un telegrama a sus tíos de Londres y éstos estaban decididos a recibirla. Tío Juan era doctor y su dispensario contaba con numerosa clientela. La sobrina podría ayudarle en su profesión, como enfermera y para introducir a los clientes en el gabinete de cura.

Llegó el día de la despedida de Paddy. Las tías, Elena y ella misma estaban tristes, muy tristes. Sin embargo, Paddy se impuso la fuerza de voluntad de fingirse animada y—necesitando ella misma consuelo—consoló a su hermana.

—No te aflijas, Elena. Aunque la vida es cruel hay que tener esperanza.

—Querida Paddy, me encuentro sin fuerzas. No sé si podré afrontar tu abandono.

—Animo, Elena. No llores, mujer. Ustedes tampoco, tías. Me voy a enfadar.

—Te acompañaremos a la estación, hijita.

—No, no, quiero ir sola.

—Espera, Paddy; vamos todas.

—No, no, ¡adiós!, ¡adiós...!

Huyó de la casa, cual pájaro precoz del nido, subió en un coche en que colocara antes sus maletas, y pronto se vió lejos... lejos... muy lejos...

Lloraba. Y le parecía que en cada rastrojo, en cada prado, en cada paisaje de aquellos lugares iba dejando un poco de alma. En aquel rincón fué casi feliz... Esos recuerdos del pasado cuando se miran desde el infortunio son como espinas en el corazón.

A los pocos días de estar en Londres, Paddy ocupó su puesto en el dispensario de su tío.

Y cierta tarde, durante la consulta, Paddy recibió una sorpresa extraordinaria con la aparición de Jorge Petersen. ¿Era la casualidad quien lo mandaba allí? Pronto lo supo, pues al preguntarle, muy altiva, con severidad: «¿qué quiere usted aquí?», él la replicó:

—A usted. A usted siempre. He sabido por mi madre la sensible pérdida que han experimentado usted y su hermana y que yo lamento con toda mi alma, y su llegada a esta ciudad. Bendigo a la casualidad que nos reúne de nuevo... Mi vida está envenenada, me muerdo por usted.

—Pues mientras sólo tenga esa enfermedad, por grave que se halle no vuelva a esta clínica.

—Y en nombre de nuestra antigua amistad, ¿no podría serle útil en algo?

—Me sobro yo misma.

—Veo que sigue usted tratándome como si fuera su enemigo. Sin embargo, si alguna vez cambiase de parecer, llámeme. Usted sabe que la amo y cuando se lo di-

je fué para no olvidarlo nunca. *Siempre, siempre* la querré.

Marchóse Jorge algo triste pero con la esperanza de vencer la resistencia de la que supo conquistar de pleno su corazón.

Paddy se había emocionado.

*
**

Paddy y Elena tuvieron que luchar mucho: la una contra la mortal monotonía de su nueva vida, y la otra contra ese dolor recóndito con que el tedio tortura a los imaginativos.

Jorge, convencido de que lograría derribar el orgullo de Paddy reduciéndola sencillamente a su papel de mujer en la comedia de la vida, la visitó de nuevo en el dispensario de su tío Juan.

—Señor Petersen, le prohibí que volviese a esta casa y me verá obligada a avisar...

—Por favor, Paddy, escúcheme un instante. Sepa ya cuanto sufro con sus desdenes. Todo me parece absurdo, sin razón de ser, si yo elimino de mi vida la posibilidad de tenerla a usted. No puedo soportar más la duda. ¿Quiere ser mi esposa?

—No, señor Petersen. Sea usted caballero y abandone esta casa. No quiero volver a verle jamás.

—Dios ha puesto acentos en la pasión del hombre, que son inconfundibles para el corazón de una mujer, pero... hay que ser mujer. Doloroso es para mí reconocer que usted con sus deportes y hábitos varoniles ha roto esas fibras que ya no vibran ni para dar el tono de mi verdad, de mi amor. En su alma no hay eco y por más voces que diese sería inútil. Me voy, Paddy y le *prometo que jamás* volveré a importunarla.

Desconcertado partió Jorge, y Paddy, en horrorosa lucha con sus sentimientos reprimió el deseo de llamar

al hombre odiado. «No, no—dijose temblando de angustia—; es una locura pensar que yo pueda querer a Jorge. Lo que hizo con mi hermana me obliga a rechazarlo, sí, a apartarlo de nosotras».

Sin embargo, una voz misteriosa recusaba sus consideraciones. «¿Qué mal hay en que Jorge no quisiera a Elena y te quiera a tí? Tuya, y no suya, fué la culpa de las ilusiones que se forjó Elena yendo con Jorge. ¿Con quién iba a ir si tú te apartabas de su lado?»

Con tales pensamientos en la cabeza y repitiéndose las palabras de Jorge ...«*pero hay que ser mujer*»... «*en su alma no hay eco...*», Paddy asomóse a una ventana que daba a la calle, para verlo salir de la casa.

El destino tomó cartas en el asunto y dió motivo a Jorge de demostrar a Paddy su grandeza de alma, y a ella misma de convencerse de que no era insensible como se empeñaba en querer serlo.

He aquí lo que ocurrió.

En la calle un grupo contemplaba cobardemente la disputa de un hombre y una mujer. El hombre maltrataba de palabra y hecho a la mujer, y ningún espectador tenía el valor de separarlos. Todos gritaban al hombre que dejara en paz a la mujer, pero nadie se arriesgaba a recibir un puñetazo para evitar muchos más a la hembra brutalizada.

Jorge, indignado, se acercó a los que reñían y defendió con los puños a la que en justicia debía ser defendida.

No salió Jorge indemne de la querrela, pero menos aún el bruto con quien luchó denodadamente.

Paddy, que lo vió todo, salió en auxilio de Jorge y lo condujo a la clínica de su tío.

Jorge se había desmayado y su cara salpicada de san-

gre de sus heridas lo presentaba a Paddy como un héroe admirable.

Y Paddy fué enfermera...

Y Paddy, vencida por su corazón, también fué, al fin, mujer: madre, hermana, novia, y depositó un suave beso en la frente de Jorge.

Pero fué sorprendida y quiso mostrarse severa, mas ya no pudo, limitándose a ruborizarse y a contestar:

—Hiriéronle por proteger a una mujer... y en su nombre le he dado las gracias, Jorge.

Sonrióle Jorge y se marchó de la clínica, dispuesto a volver cuando creyese llegado el momento oportuno de repetir su petición de mano a Paddy... mujer.

* * *

Paddy recibió la noticia del regreso de Tony a O'Mhera, en casa de las tías y recabó de sus tíos el permiso de ir a verle.

Fué.

Y vió algo que le dió mucho que pensar: Elena y Tony, que no cesaron nunca de escribirse, se habían prometido eterno amor.

Jorge y su hermana también regresaron a O'Mhera.

Y Paddy, melancólica, pensando en las cosas que fueron, buscaba consuelo en la soledad.

Ya no era la locuela de antaño...

Muchas cosas habían cambiado. Su casa, su carácter, su corazón...

Una tarde, un campesino amigo de las tías de Tony aconsejó a Paddy que regresara a su casa porque se aproximaba una niebla espesísima procedente del «Pantano Muerto» del que se hallaba ella cerca.

Paddy se retrasó, y pronto se vió envuelta en el tupido velo atmosférico.

El mismo campesino, para asegurarse de la vuelta de

Paddy a su casa, fué a preguntar por ella a sus tías, con las que estaban Elena y Tony, y ante la contestación negativa, les dijo:

—Hay que ir a buscarla pues la niebla atrae en vértigo hacia el «Pantano Muerto».

Alarmáronse las mujeres y Tony salió apresuradamente.

Jorge, avisado, como un loco buscó a Paddy gritan-



El mismo campesino para asegurarse de la vuelta de Paddy... do su nombre.

Varios vecinos, puestos al corriente, se dispusieron a buscar a la extraviada como solían hacerlo siempre que ocurrían casos análogos.

Tras mucho sufrir, Jorge pudo encontrar a Paddy, que gritaba a medida que se hundía en el pantano fatal, y a riesgo de su propia vida la arrancó a la muerte.

Paddy, desfallecida, durmióse en los brazos de Jorge, y juntos esperaron el nuevo día.

Con el sol, encendióse el amor oculto de Paddy, al verse junto a Jorge, y se fingió dormida cuando vió que éste, con adoración le acariciaba los cabellos y el rostro, e hizo un gesto que facilitó a Jorge la dicha inefable de besar apasionadamente sus labios.

¡Al fin la fierecilla había sido domada!

A salvo ya de aquel naufragio, Paddy conoció la dulzura de sentirse protegida, mimada. Sintió la admiración por la fuerza, por el valor masculino. Y abolido su orgullo absurdo conoció la voluptuosidad—*como una mujer como otra cualquiera*—de considerarse manejable, frágil y deleznable entre los brazos de un hombre.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

Todos los hermanos fueron valientes

hermosa producción de la Metro-Pictures,
Selecciones Capitolio, una de las mejores creaciones de

BILLIE DOVE, LON CHANEY
y MALCOLM MAC-GREGOR

¡SORPRENDENTE ÉXITO!

Postal-fotografía: WESLEY BARRY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio, 25 céntimos

¿Ha adquirido usted ya el último gran éxito de

Los Grandes Films?

EL PRISIONERO DE ZENDA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA